

La muerte absurda

■ Héctor Medina*

Ante la noche lóbrega y tiesa, el médico descendió los escalones de una vieja casa en las inmediaciones de una llanura. Tocó a la puerta, se acomodó el bolso en el que llevaba los elementos médicos y se arregló el cabello para que quedara bien liso. Enseguida abrió una señora mal vestida y desgarrada, con un trapo en el hombro y un cinturón en una de las manos.

—Ah, siga, doctor.

El médico deja el maletín encima de una silla sucia, de donde tiene que apartar cuanto juguete y zapatos hay. Observa el lugar con detenimiento, en su rostro se forma un gesto de asco y pudor en contraste con su personalidad. La mujer se arrima a la cocina donde hay platos sucios, comida regada y bolsas de basura por todo el lugar. La mujer se limita a mirar al médico de soslayo y a rascarse las nalgas de forma grotesca.

—Siéntese en cualquier lugar, doctor, está en su casa— coge de la mesa otros cinturones que hay, una jarra con agua y entra al cuarto de forma ávida pronunciando, por último —: ¡donde pueda!

Miro a mi alrededor por algunos minutos más y me siento, efectivamente, en una de las sillas sucias. Espero que la mujer salga para que me diga dónde está el muerto, poderlo diagnosticar y darle en definitiva el deceso. Cojo el maletín, empiezo a sacar los elementos

necesarios para el diagnóstico y poder revisar que lleve todo. Me paro y voy hasta la ventana para observar la noche de luna menguante, los árboles aburridos, solos en la inmensa llanura y la oscuridad al fondo que penetra del cielo al marco de la ventana. Regreso a la silla. Miro mi reloj y en seguida a la puerta donde ha entrado la mujer.

Al momento salió la mujer con el cabello aún más enmarañado y una jarra en las manos. El médico la observó detenidamente; esperó que fuera hasta donde él y le dijera de una vez por todas dónde estaba al que tenía que diagnosticar. Pero lo que hizo la mujer fue rascarse de nuevo las nalgas y entrar al cuarto a toda prisa. El médico, en un reflejo instantáneo de su pensamiento, se paró y la siguió.

—Señora, necesito el...

La puerta estalla, el médico lo único que puede hacer es retraerse por el ruido. Observa de nuevo el reloj. Camina de lado a lado pensando en la situación, cogiendo algunas cosas tiradas y dejándolas en su lugar. No entiende por qué donde hay una persona agonizando todo es tranquilidad y nadie llora; a menos —piensa— que el familiar no es de ellos y que está en otra parte; que estos son vecinos que se han enterado de lo sucedido y han decidido colaborar. Muchas cosas cruzan por su cabeza. Pero como buen médico debe, ante todo, ser investigador y se apresura de una vez por todas a preguntar qué es lo que pasa.

Golpeo la puerta donde ha entrado la mujer hace rato. No abren. Toco de nuevo, pero nada. Regreso a la silla, al cabo de unos instantes sale la mujer con un hombre; está también en pantalonetas, un buso esqueleto y unas chancletas. Rascándose su cabello enmarañado no me advierte que lo observo con atención y estupefacto desde la silla; el hombre entra a la cocina, remueve una que otra cosa. Algo le dice a la mujer que no alcanzo a oír por más que agudizo el oído.

*Nació en Ibagué, Colombia el 13 de julio de 1984. Tuvo un pequeño paso por la Universidad del Tolima, cursando algunos semestres de Economía, sin embargo, su gusto por la literatura lo llevó a abandonar dicha carrera. Ha escrito varios cuentos, algunos de los cuales se han publicado en blogs y revistas literarias virtuales: "A través del espejo" (Blog *La Pipa de Magritte*, abril de 2007), "La idiotez consumada" (*Noche de letras*, septiembre de 2012). Fue elegido ganador del Concurso de Cuento organizado por FUNDALECTURA, en asocio con la Alcaldía de Engativá, en la categoría de Grandes Contadores de Historias con el cuento *La muerte absurda* (2011). Ha publicado la novela *Impiedad* (Amazon, 2018; ITA, 2019) y las antologías de cuento *A través del espejo* (Amazon, 2019) y *Antología de cuento* (DUNKEN, próxima a publicarse).

Rascándose también las nalgas como la mujer, esta vez sí había advertido al médico y se acercó a él con aire de modorra y bostezando. Y como para matar la ironía de la ocasión preguntó — ¿Qué se le ofrece, doctor?

El médico lo único que puede hacer es pararse y fruncir el ceño en señal de duda, de insatisfacción, de incapacidad de ordenar el entorno. Mira alrededor varias veces, contempla al hombre y a la mujer que también lo observan y, como en los momentos en que le había tocado anunciarles la muerte a los familiares, por fin se decide hablar.

—Pues... no... yo vine porque...

—No se preocupe, doctor. Le ofrecemos café, un buen jugo, una arepa que quedó del desayuno— el hombre señala a la cocina como un mesero profesional; si pudiera tener el frac y el trapo de elegancia en este momento lo hace.

— ¿Qué lo trae por aquí? —pregunta la mujer sentándose en una silla rota que hay—. Disculpará el desorden, pero es que somos muy ocupados, el tiempo en nuestras vidas es oro, doctor. Usted comprenderá como médico que una debe estar en eventos sociales, el glamour y todas esas cosas de la sociedad en auge. Mi esposo está al tanto de las noticias de ese mundo y brillamos todas las noches ante las pasarelas.

—Ah, sí, doctor. Lo invitamos cualquier día de estos a un evento de champagne, caviar y pasarelas. Nuestros hijos en estos momentos están jugando en el parque; ellos a veces hacen este desorden, pero somos unos padres comprensivos que no los castigamos por eso.

Lo único que hago es mirarlos, mirar para todos lados. De repente empiezo a sentir que el enfermo soy yo, que estoy en una clínica donde me van a tratar de una enfermedad desconocida bajo observación de un médico. Mi inconsciente se convierte en una botella vacía y cerrada; todo mi conocimiento en medicina se ha evaporado; lo único que me queda es una inmensa llanura como en la que estoy en este momento.

El par de individuos lo sacaron del estupor luego de pararse e ir hasta la cocina por lo que le habían ofrecido. En un plato untado de comida del

día anterior pusieron una arepa y en un pocillo con chocolate pegado alrededor café bien cargado. Dejaron todo al lado del médico y se sentaron de nuevo para seguir la conversación.

—Le decíamos, doctor, que nuestros muchachos son unos niños muy vivaces, que juegan por todos los parques de esta inmensa llanura. Uno de nuestros hijos hace rato estaba en el parque y encontró un pájaro posado en el columpio. Fue hasta él para cogerlo y en ese momento un niño que se acercaba movió el columpio y...

“...le pegó en la cabeza y lo dejó inconsciente. Y ahora, doctor, está en el cuarto agonizando”. El médico termina la frase del individuo que en ese momento se para a mirar por la ventana de lado a lado. La mujer lo sigue como en una fila india y el médico se apresura a seguirlos también como un indio más. El hombre termina de hablar.

—... El pajarito salió a volar y mi hijo quedó triste, quería tenerlo en sus manos para alimentarlo y criarlo. Pero vaya mocosito lo espantó.

No. Eso no es. Mi cuerpo se empieza a retorcer, mi interior siente ansiedad, me la produce la falta de saber la situación cómo se da, es un misterio todo esto; por qué, de estar tanto tiempo en este lugar, no me entero ni un ápice. Me gustaría que todo esto fuera una cirugía donde sé por dónde puedo abrir y extraer el mal del órgano, en especial la de los riñones donde debo extirpar los cálculos, cerrar de nuevo al paciente y ya está. Pero esto es una cirugía que nunca me enseñaron; y, ahora, por mis propios medios, debo aprender a hacerla y es lo que voy hacer.

—Mi otro hijo fue donde su abuela mientras nosotros, esta mañana, íbamos a un coctel de bienvenida a la reina Isabel —miro a la mujer que hace un ademán de reverencia—. Estaba jugando en la calle con un carro que le regaló mi mamá y, sin advertirlo ella, el niño se cruzó la calle y un carro...

“Lo atropelló dejándolo tirado en la carretera, con los intestinos por fuera, listos a cirugía y curación”. El médico terminó la frase con una leve sonrisa, cogiendo el maletín dispuesto al diagnóstico. Fue hasta la puerta y al abrirla todo el cuarto estaba lleno de humo y ceniza. A un lado de la cama yacía una olla sobre leña y ardía intensamente; el olor a

sopa de maíz se introdujo por su nariz que quedó satisfecho de una vez por todas con la cena. Al momento apareció el par de individuos, sacando al médico del cuarto con un pañuelo en la nariz y tosiendo a toda fuerza como en los días en que había tenido pulmonía, pero el solo se había sanado. El hombre se volvió al cuarto, algo revolcó en él y lo cerró con el seguro oprimido para que el médico no volviera a entrar.

—Por favor, doctor, avísenos si quiere entrar al baño, así no lo encontrará —la mujer le quitó el pañuelo porque lo vio que empezó a respirar fuerte—. Yo creo que no puede respirar por ese pañuelo, es un pobre trapo inútil, doctor; me extraña que usted sabiendo de recetas y remedios se ponga esto para no dejarlo respirar.

El médico se calma un poco. De su maletín intenta sacar un gotero y bebe unas cuantas gotas de un remedio que saca. Los individuos lo observan para que les diga algo, pero éste sigue ensimismado, observándolos él a ellos, como quien observa a unos curies para ver su comportamiento. Tocan a la puerta y el hombre, que se acomoda las pantalonetas, abre dando un pequeño trote. Entra un niño sin zapatos, con el rostro sucio y toda la ropa roída. Se tira sobre el médico para molestarlo; coge un juguete, otro y otro y los tira para todos lados, uno sobre el médico que sigue ensimismado y no ha dicho una palabra.

—Él es nuestro primer hijo, doctor, tiene siete años y es el más vivaz de todos. Él es quien esta tarde el niño le hizo volar su pajarito. A pesar de ello sigue feliz, corre y juega como todos los demás; y hoy en día quién no se muere por un pajarito —el hombre ha hecho un ademán de tristeza. Alza al niño y se lo pasa a la mujer. Ésta lo arrulla como un bebé y del piso levanta el tetero con leche todavía.

Por qué será que a pesar de lo absurdo de todo esto sigo con la necesidad de averiguar el fondo del asunto. Me tocó ponerme un pañuelo porque el humo que hay en ese cuarto es fuerte, me sentí ahogado y estuve a punto de ser yo definitivamente el muerto. A pesar de que el niño se me tiró encima no sentí fastidio alguno, los niños —siempre he pensado— deben ser tratados con toda amabilidad y paciencia. Me preocupa su condición, aunque se ven felices, eso es importante. El hombre es amable, no lo dudo; la mujer es paciente y dicharachera. No entiendo cómo en medio de tanta suciedad y desorden la

alegría lo espanta todo, a tal punto que se olvidan del entorno. O será... locura.

—Ah, doctor, le decía que el niño al cruzar la calle y el carro al pasar a toda prisa éste frenó al ver que mi mamá, como en la época de su juventud, se paró frente al carro y saludó formalmente al señor que conducía, fue muy divertido. Y mi hijo, corriendo a toda prisa, se regresó al andén, llorando porque pensó que el carro iba a hacerle algo a su abuela —la mujer deja al niño que vuelve a mí y lo retiro suavemente. Mi pantalón queda sucio.

—¡Divertidísimo! Yo creo que no demoran, mi mamá llegará con él.

Eran las nueve en punto de la noche cuando el aire de la llanura escaló por la casa, bajó hasta las ventanas y llegó a la puerta, dando círculos. Como el sol veraniego secaba el aire durante el día así lo hacía la luna. A lo lejos se divisó una mujer ya anciana con un niño cargado en los hombros. La noche traía consigo varios kilómetros de caminata y risas. Luego de cinco minutos llegaron a la vieja casa. La anciana tocó y el médico abrió enseguida arreglándose de nuevo su cabello para que quedara liso. Enseguida se acercó el hombre, la mujer y el niño, abrazando todos a la anciana y al otro niño de menos edad.

El médico oye todo lo que hablan, analizando cada palabra para ver cuál es el misterio. Se sienta, cruza la pierna, se muerde los dedos en señal de preocupación. Los que acaban de llegar entran a la cocina y la mujer cocina algo; les da arepas, una taza de café y unos panes tiesos. El hombre juega con los niños, se menea, se arregla la pantaloneta, se rasca el cuerpo; la mujer conversa con su madre, come, ahuyenta el humo que ya se ve por toda la casa; los niños corren, tiran juguetes y patean al médico pero éste lo único que hace es observarlos. El médico siente como su corazón, de un momento a otro, se acelera, como si la luna llena y el sol crustáceo veraniego hubieran hecho lo mismo que con el aire. Se toca el pecho. Ansiedad. Sigue escuchando las conversaciones.

Nervios. Siento nervios. En este momento mi pecho y mi cabeza es una sola parte de mis nervios; la ansiedad se me ha incrementado en un sesenta por ciento o no sé cuánto, porque no puedo calcular. El hecho es que mi situación no podría ser peor, ya

no puedo opinar: no sé si todas estas personas son de este mundo o son simplemente agregados del universo. Nada es normal. Necesito irme y quiero irme, pero algo me ata a esta silla, el universo de la medicina, quizás. Ahora veo ahí a la anciana que acaba de llegar con el mismo aspecto que todos, desordenada y dicharachera; se acerca a mí. Qué le diré, le prestaré atención también o le pregunto de una vez por todas por la persona a quien hay que diagnosticar su muerte.

—Hola, doctor. Ya mi hija me habló de usted. ¿Qué lo trajo por acá? —miro a la anciana con el corazón acabado de ser metido en aceite hirviendo, el pecho me arde, me agacho y respiro profundo. Me limito a decir:

—La verdad es que... que. Yo pasaba porque...

—Al doctor le hemos contado nuestras historias, nuestra vida, mamá. Le cuento, doctor, que ella es la dama más preciada de nuestro club. En los cocteles es el centro de atención. Un día los reyes de Inglaterra vinieron a visitarnos y mi mamá les hizo la mejor velada de todas: bombones, confites y una comida muy de nuestra región que los dejó satisfechos. Pensamos que se iban a molestar por la poca elegancia, pero, no, se acomodaron a nuestras propuestas de sociedad distinguida.

La anciana se pasó al lado de la silla donde estaba el médico. Con el vaso de café, simulando un vaso de whisky, empezó a vociferar con la voz pegada a la garganta, como si los setenta años se hubieran concentrado allí. El hombre, la mujer y los niños se acercaron también pero esta vez se quedaron parados al pie de la anciana. El médico observaba con astucia, parpadeando como si un mugre hubiera entrado en sus ojos. La voz de la anciana empezó a mejorar con el correr de su conversación.

—Le cuento, doctor, que a pesar de mi salud débil en estos últimos diez años he disfrutado de la vida. Juego con mis nietos, me divierto y sé que tomar riesgos en la vida muchas veces es bueno para la personalidad de un anciano. Imagine que ayer, cuando el alba estaba a punto de enloquecer por mi sueño, me desperté con mi viejo al que quiero mucho. Desayunamos —la anciana se detuvo por un momento para tomar un sorbo de café y continuó—, salimos a pasear muy temprano, hicimos algunas compras y hacia al medio día almorzamos como

nunca, un sazón que jamás había tenido. En la tarde salimos para acá donde mi hija y mi yerno, para salir con mis nietos a jugar un rato, porque necesitan de diversiones ahora que viven solos, porque, usted comprenderá, doctor, mi hija y su marido viven en muchas reuniones...

—Y tenemos que ser moderadores de nuestros amigos y subastas —interrumpió el hombre que daba un vuelco a la silla en la que estaba.

—Sí, todo eso, como dice mi yerno. Salimos en la tarde, todos nos comimos un helado y ellos se divertieron un rato, jugando al fútbol y corriendo a las escondidas. Bueno. Al regreso dejamos a los niños acá y volvimos a nuestra casa en medio de un sol anaranjado por el ocaso. Mi viejo se acostó...

El rostro del médico empieza a cambiar, como si un leve ánimo invadiera su pecho y se reconfortara hasta el corazón, al tener ahora una esperanza de saber lo que sucede. Se acomoda, presta mucha más atención a lo que dice la anciana. Se muerde los labios. Aprieta contra sus brazos el maletín; y como en un acto de inconsciencia saca la bata y el fonendoscopio. Además, alista una libreta, un lapicero y trozos de algodón.

—... A eso de las ocho de la noche. Yo bajé a hacer un agua de tisanas, removí tientos y fui al cuarto para dormir también. Cuando entré vi que mi viejo estaba dormido, no se movía por más que lo llamé. Cogí unas sábanas, lo arrojé aún más porque sabía que era ese frío que envuelve esta llanura pero nada. Lo moví, esculqué cuanto remedio de inhalación tuviera en uno de los cajones pero no encontré nada. Me asusté mucho, a tal punto que llamé a mi hija para preguntarle qué hacíamos.

Y como si después de tanto tiempo sin decir una palabra, por fin lo hago porque he despejado el misterio. Quien persevera alcanza, me digo. Tomo el maletín, la bata y el fonendoscopio; la libreta y el lapicero los guardo en el pantalón para mayor seguridad y acceso. Observo a la anciana, a la mujer y al hombre porque los niños han salido, eso creo. Me paro frente a todos, con las manos en la cintura. La luz de la luna de un momento a otro se esparce por mi cuerpo; espero que me digan que hay que ir a la casa de la anciana e ir por el viejo, que debe estar muerto, es lo más seguro. Entonces con toda proeza, digo:

—¡Entonces, vamos, no hay tiempo que perder! Su esposo debe ser diagnosticado y darles un dictamen pronto.

Todos se quedaron mirando al médico, hasta los niños habían entrado en ese momento. La seriedad en todos era absoluta, como si cientos de jueces fueran a darle un veredicto. Todos se miraron y volvieron a mirar al médico; y, como si todo fuera una comedia, ante una sala de teatro, todos se miraron de nuevo y una leve sonrisa se asoma en los rostros de todos, luego una risa y por último carcajadas hasta el término de cogerse sus estómagos, botarse a las sillas y levantar las piernas. La anciana se paró, se acomodó el vestido roído que llevaba y entonó en la sala grande de teatro, a grandes carcajadas.

—La verdad... la verdad... le digo... le digo, doctor que usted como médico, cirujano y todas esas profesiones que ustedes tienen no sirven ni un

poquito para las bromas, no le sirven para saber que nosotros, la familia de Buckingham, somos los más elegantes y bromistas de todos los tiempos.

Y como si el teatro empezara a cerrarse, el telón empezara a caer, el médico siente una punzada en el centro de su cuerpo, y a partir de ahí el dolor se empieza a esparcir de forma circular, como una onda sísmica, cada órgano que va cogiendo la onda lo va destruyendo. Cuando la onda llega al cerebro (se coge el corazón hace rato), queda rígido, cayendo hacia atrás y en el suelo. El maletín, el fonendoscopio y todos los utensilios quedan regados por el lugar, mezclándose con las cosas de la familia que ha habido regadas. La anciana, la mujer y el hombre se miran; los niños se tiran encima del cuerpo del médico. Y, la mujer, la única que ha estado en todo el acto teatral, dice:

—Llamen a un médico para que lo diagnostique.